

BENJAMIN CARRION

Vida de García Moreno: De Aprendiz de Presbítero a “Obispo de Afuera”



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

VIDA DE GARCIA MORENO

De aprendiz de presbítero a "obispo de afuera".—

Tonsurado, ordenado en Menores y sin llevar sotana: he allí la muestra de la vacilación, de la explicable y obvia vacilación de Gabriel. Porque para él, tanto el camino civil como el eclesiástico, no eran sino medios para la consecución de un fin: dominación, poder. Esto que ahora lo expresan los jóvenes pretensiosos con una frase tan vanidosa como vacua: "quiero construirme una personalidad . . ."

En esta lotería de la vida,—urgente, premiosa, a corto plazo— Gabriel que había comprado ya un número, resolvió comprar otro para asegurar la suerte.

"La mujer que quiere a dos
no es tonta sino advertida:
si una vela se le apaga
la otra le queda encendida".

El Obispo Garaicoa, de acuerdo con los jesuítas, consiguió este privilegio, a lo que entiendo, inusitado: que su protegido Gabriel, realice un avance de consideración en la carrera eclesiástica, en forma tal que, al decidirse definitivamente por la clerecía, no le quede sino la Ordenación Mayor: Subdiaconado, Diaconado, Presbiterado; y que al mismo tiempo, siga sus estudios universitarios para obtener el Doctorado **in utroque jure**. Ficha de importancia, adquisición valiosa consideraban a Gabriel el alto clero, los jesuítas: no había que perderlo, no había que consentir en que pierda un día de tiempo para lanzarlo a la obra, a la campaña por el reinado de Cristo, que tan necesitada estaba de soldados valientes, de capitanes esforzados.

La familia de Gabriel al conocer esta decisión de sacerdocio, se entusiasmó en altísimo grado: su madre, doña Mercedes, lloraba de contento, porque al par que se aseguraba la salvación del alma y la glorificación de su pequeño, de su hijo predilecto, por ser el último, y el más inteligente, al mismo tiempo se aceleraba la posibilidad de una ayuda económica, de la que tan menesteroso se hallaba el angustiado hogar de los García Moreno en Guayaquil: un sacerdote tiene, desde el día de su ordenación **el pie de altar**, las primicias, y esa hermosa institución del Purgatorio, tan productiva para los Ministros del Altar: al mismo tiempo que se saca de las llamas a numerosas **ánimas** —las del Purgatorio son y serán **ánimas per secula seculorum**— se obtiene pingües rendimientos de parte de los deudos que, desde este **valle de lágrimas**, se interesan por la pronta salida de sus parentes de ese **valle de tormentos: requiems**, indulgencias, novenas, misas gregorianas y de toda clase, responsos, toda esa dotación caudalosa de recursos que, mediante el pago de una tarifa establecida, tiene a disposición de los fieles la organización eclesiástico-financiera.

Su hermano mayor, Manuel, párroco del rico curato de Montecristi, en la Provincia de Manabí, con la buena experiencia adquirida, felicita también al postulante y, —lo que es decisivo—, por sugerencia del Obispo de Guayaquil, Monseñor Garaicoa, se ofrece a pasarle una buena pensión, que garantice y provea a todos los gastos de Gabriel para la continuación de su carrera de presbítero: he allí una de las ventajas —importantísima— de esta dualidad en la vida del estudiante García Moreno: con sólo cortarse un redondel en la cabeza, adquiere una pensión, que viene a aumentar sus flacas rentas de universitario pobre...

Un año duró esta situación que, si bien provechosa, traía consigo al orgulloso Gabriel, no pocas desazones: en la Universidad se le reían un poco en presencia y un mucho a escondidas, de su tonsura, de su clericato a medias: con este motivo, el altanero muchacho, tuvo que sostener riñas verbales, que muchas veces llegaron a la reyerta de hecho.

Y, sobre todo..... Bueno, estar sobre los diez y ocho años; gozar de una naturaleza precoz y llena de ardencias; tener muy poderosa la “voluntad de la carne”, **voluntatem carnis**, según la expresión creadora de San Pablo, (Efesios, II, 3).

"Más probable parece que es el conocimiento de la mujer lo que lo aleja de su falsa vocación", dice en forma pudienda el novelista Gálvez; y luego agrega, poniendo por testigo al biógrafo garciano por excelencia, el Padre Redentorista Berthe: "...por esos años Gabriel, sin dejar de ser católico ni de practicar la religión, cae en el pecado carnal y llega a ser, más o menos, como todos los jóvenes".

La "voluntad de la carne" se demuestra avasalladora en la vida de García Moreno. No el amor. No esa pasión excelsa que, para cumplir el mandato de la especie, se espiritualiza y embellece por el camino de "las afinidades electivas". Es el "pecado carnal" el que, según el Padre Berthe, atormentaba y desviaba la juventud ejemplar y sarta de Gabriel García Moreno.

El "pecado carnal" y... la ciencia. "Felices los que escapan a los encantamientos de Circe y no se dejan, como los compañeros de Ulises, metamorfosear por ella en animales inmundos. Demasiado educado, elevado, demasiado piadoso también para revolcarse en el vicio, el alma ardiente de don Gabriel, se deja dominar y como poseer por la noble pasión de la ciencia".

Como un nuevo San Antonio el Ermitaño, sostiene la lucha más dramática y heroica contra las tentaciones de los siete pecados capitales, contra la "voluntad de la carne", que es poderosa, casi invencible en él, a pesar de que:

ÁREA HISTÓRICA
"Amores no quiero.
Hermosas muchachas.
Amores que sólo
Dan penas al alma".

según declara en un poemita vulgarón de factura de **estro**, pero revelador muy a las claras, de sus combates interiores, de sus heroicas luchas por la virtud y por la ciencia: caminos del poder.

"La noche, cuando la ciudad toda estaba dormida, a la luz de una pobre lámpara, velaba, curvado sobre un volumen de filosofía o de álgebra. Vencido en fin por la fatiga, retiraba de su cama colchón y frazadas, y se acostaba completamente vestido sobre las duras tablas, para no exponerse a prolongar el sueño más allá del límite que se había prefijado. A las tres de la mañana, estaba levantado y al trabajo. Si sus párpados se cerraban a pesar suyo, se lavaba la ca-

ra o se remojaba los pies en agua fría, para despertar sus sentidos embotados. Estos excesos prolongados largo tiempo le ocasionaron malestar de la vista, neurosis y otros desórdenes graves, de los cuales se desembaraza empleando los procedimientos más dolorosos", nos cuenta Berthe, devotamente, como ante la vida de un gran Santo...

Sin duda alguna, como San Agustín: "Llegó a Cartago con un gran deseo de aumentar su ciencia y adquirir fama y renombre, pero también con una viva y poderosa sed de amor. "Yo amaba el amor y el placer", dice en las **Confesiones**", según nos lo cuenta Bertrand.

Y entonces, francamente, para eso, para el amor y el placer le estorbaba esa ridiculez de la tonsura y eso de ser un cura a medias: las mujeres se interesan —y mucho— por el cura completo, regalón, predicador, dueño de esa arma de galanteo, seducción y mando que es el confesionario: pero estos proyectos de curas, con las manos sudorosas, frotándose la una con la otra, como en continuado gesto de onanismo; esos monigotes incompletos inspiran una cierta repugnancia a las mujeres; y Gabriel no era hombre de soportar bisbiseos femeninos, medias palabras, bromas...

Por su seriedad, por el prestigio adquirido, por las presentaciones en altos círculos sociales que le dejara haciendo el Obispo Garaicoa, se iba imponiendo Gabriel García Moreno en la sociedad quiteña, amable, pero bastante cerrado a la intrusión de cualquier advenedizo: era invitado a salones y fiestas y, lo que prueba mayor confianza e intimidad, a pasar algunos días de descanso en las maravillosas haciendas de los alrededores de Quito. Fenómeno interesante, que prueba la inclinación feudalista de la aristocracia quiteña durante la colonia y, sobre todo, en los primeros años de la independencia: mientras la edificación civil es relativamente modesta en la ciudad, sin que las familias de cuenta se hayan preocupado de tener un domicilio urbano digno de ellas; en cambio en las haciendas, verdaderos palacios, dotados de toda clase de comodidades, de riqueza, de arte y de buen gusto.

Cuentan que una vez, Gabriel se hallaba invitado a una de esas magníficas residencias campestres, en el delicioso y temperado valle de los Chillos. Hacienda provista de parques y piscina. Dos lindas muchachas iban a bañarse en la pileta cerrada por muros y provista de puerta; esta había quedado solamente entornada, por la ingenua confianza de las chi-

cas o por el deseo de ser seguidas o atisbadas. El aprendiz de Santo, Gabriel García Moreno, en efecto, las sigue como un joven sátiro que persiguiera a las ninfas en los estanques del bosque: una de ellas se desnuda, se lanza al agua; el camisón —pues era la indumentaria para el baño entonces— dibuja las formas de escultura y de carne. El grandullón beatito no puede contenerse: abre las puertas, penetra al recinto; la chica del baño se defiende zambullendo; la otra está en el borde del estanque, completamente vestida. Gabriel siente el ridículo de su acto irreflexivo, desemboca en un acto de pueril brutalidad: interroga a la muchacha vestida:

—¿Y usted por qué no se baña?

Y sin esperar respuesta, le da un empujón, la lanza a la pileta. Las chiquillas gritan, azoradas falsa o realmente. Acude gente. Y Gabriel, dueño ya de sus nervios, lanza estridentes carcajadas y con su voz de falsete, desapacible, que ha de conservar toda la vida, pero que en esta época es aún más indecisa, da la gran explicación:

—Carnaval antes de tiempo! Carnaval antes de tiempo!

En realidad, en el Ecuador, en el Perú, en otros lugares de América, se acostumbra festejar el Carnaval, con agua, polvos y mixturas, en batallas bárbaras, que terminan empapando a las gentes con todos sus vestidos. Pero la disculpa de Gabriel era desafortunada o audaz: el episodio ocurría en Diciembre, durante las vacaciones de Navidad, y el Carnaval no es sino dos meses después, aproximadamente...

No, decididamente: no tiene vocación eclesiástica, no lo llama Dios por los caminos del presbiterado. Además, su situación económica ha cambiado un poco. Su situación universitaria se ha afirmado, con el apoyo de los jesuítas, de la clerecía en general. Pero, y con los mismos apoyos, lo que más ha cambiado es su situación social, sus posibilidades de lucha y de conquista en los difíciles campos de la orgullosa, zahareña y empingorotada aristocracia quiteña. Resuelve, pues, definitivamente, renunciar a la carrera de cura, para dedicarse de lleno a la lucha en la universidad y en la vida social de la capital de la república. "El futuro nos mostrará que Dios lo había creado no para ser clérigo, sino para es-

coltar al clérigo con la espada en la mano; es decir, para ser el **obispo de afuera**, según la bella expresión del emperador Constantino", reza Berthe.

La Universidad de Quito no ofrecía sino la posibilidad de seguir los cursos de derecho civil y canónico "con algún fruto práctico". ¿Vocación por el Derecho? Claro que nó. En primer lugar, sus aficiones claramente manifestadas, se enderezaban por el camino de las ciencias físicas, naturales, matemáticas. La química fué su permanente pasión. En matemáticas llegó a superar, según cuentan sus apologistas, hasta a sus propios profesores. En cambio el Derecho...

Pero, ya se había creado en el Ecuador el tremendo mito del **Doctor**. Que domina en Colombia en forma tal, que se ha emprendido en una verdadera campaña nacional para liberarse de él. "Todo el que lleva calzado pretende que se le llame doctor", me decía un colombiano de clase popular. Y si uno se resiste a ello, puede producir antipatías y malas impresiones. En el Ecuador, se creía que era indispensable "hacerse Doctor", para triunfar en política, en sociedad, en fortuna. Se creía en aquel tiempo, que para poder usar sombrero de copa, **buche**, era necesario ser doctor. Y García Moreno no quiso privar a su personalidad de ese adorno exaltador, que podría contribuir a su éxito.

Estudiante de los **dos derechos**, pues. Pero lo primero que hace, es planear y realizar con el profesor de matemáticas traído por Rocafuerte, Ingeniero francés Sebastián Wisse, un ascenso al Pichincha y un descenso a su cráter de volcán apagado o inactivo. Obra de valiente, obra de mozo lleno de viriles audacias, sí. Pero principalmente, obra de un curioso intelectual, de un preocupado por las ciencias físicas. Las gentes, que ya conocen la fanática intrepidez del mozo, afirman que ha descendido al cráter "para conversar con el diablo"...

El Padre Berthe se lamenta de los desvíos frívolos de Gabriel. Pero al mismo tiempo nos cuenta los esfuerzos que el valeroso joven realiza para vencer las tentaciones mundanas: "el estudiante toma una resolución heroica: se hace rasurar completamente la cabeza como un monje y se encierra en su casa durante seis semanas, sin dar señales de vida".

Gabriel en esa época es un estudiante y hace vida de tal. A veces se divierte, se deja vencer por el "pecado carnal". Otras veces es turbulento, matoncillo, espadachín; un oficial del ejército le toma el pelo. Hay un violento cambio de palabras. La vocecilla estridente de Gabriel lanza al adversario los peores insultos, lo colma de improperios. Se dicen zamba canuta y vela verde... El oficial reacciona, y lo reta a un duelo. Pero al mismo tiempo —¡ah, la farsa eterna de los duelos!— le da cuenta al jefe de su regimiento, y éste le prohíbe el encuentro y no le permite salir del cuartel. El día del desafío, a la hora prevista, a pesar de su catolicismo, Gabriel se presenta en el terreno. El adversario, el oficialillo de marras, no asoma por ninguna parte. El violento muchacho se enfurece ante la cobardía y el desaire. Se dirige al cuartel, hace llamar al militar, y sin permitirle una explicación o una excusa, se lanza a golpes y bofetadas contra su enemigo, tratándolo de flojo, de cobarde, de maricón....

De niño, su padre lo obligó, ante el miedo terrible que tenía de las tempestades con truenos y relámpagos, a que permaneciera en la parte externa de un balcón, cerrándole la puerta para que no entrara al interior de las habitaciones... El recuerda eso, con rencor para el padre, pero también reconociendo que, quien se prepara para mandar, para ser jefe de algo o de alguien, debe vencer al miedo. Una vez —cuentan sus apologistas— había salido al campo para estudiar, con un libro en la mano. En las quiebras y desfiladeros que rodean a Quito, como un imponente anfiteatro de montañas, descubre una especie de gruta, propicia para el estudio y el descanso, después de larga caminata. Entra en el natural e imponente refugio. Pero, después de un momento de lectura, se da cuenta de que un peñasco, suspendido sobre su cabeza, se encuentra casi separado de sus bases de sustentación, amenazando caer de un momento a otro y aplastarlo como a una alimaña. El muchacho se asusta, y despavorido, sale de la gruta en busca de sol y de cielo, jamás amenazantes. Pero, al instante reconoce, desolado, que ha sido vencido por el miedo; y superando sus nervios, regresa al interior de la caverna, y se impone a sí mismo, permanecer durante una hora bajo el tremendo peligro...

Y así, entre desplantes, extravagancias, valentías, gran dedicación al estudio, piedad cristiana y "pecado carnal", transcurre la vida universitaria de Gabriel García Moreno. En la ciudad conventual y tranquila, en que no sucede nada,

como no ser el despertar y el anochecer de las campanas, y entre estas dos horas: chismorreo, politiquería, episodios gallantes y, sobre todo, epigramas, chascarrillos, juegos de palabras, que ya iban sentando las bases sólidas para el prestigio, hoy definitivo y soberano de **la sal quiteña**, intención de epígrama y anécdota, casi siempre impregnada de dolorosa amargura; en la ciudad de Quito, decímos, este muchacho de Guayaquil, relampagueante, audaz, organizador de cosas trascendentales y piadosas, bullanguero, devoto, inteligente, había llegado a imponerse definitivamente. Existía un acuerdo casi general sobre que no era simpático; y no lo era en el sentido de **buen muchacho**, buen camarada, tan caro y grato a las juventudes quiteñas. El no era de los que estaba pronto para una **empresa** galante, para una serenata, para organizar un baile de "arroz quebrado", una tuna con **chullitas**, de esas de tacón puntudo en sus zapatos de hule y mantilla prendida con veinte y cinco mil alfileres. El no era de los que se prestaba para una broma inocente o pesada al profesor bonachón o al profesor odiado. Ni de los que formaban corrillos permanentes en la **Plaza Grande**, en las **Cuatro Esquinas** o en la **Calle del Correo**, para lanzar piropos y requiebros a todo mundo con faldas o hacer chistes a costa de quienes iban cayendo bajo sus miradas socarronas y burlescas. El no sentía el espíritu de equipo, de **jorga**.... El era solo; y quienes le seguían, no podían ser sus compañeros, sino sus subordinados. El era el jefe.

Sin ser simpático, era popular a su modo: todos lo conocían. Y empezaba a formarse una leyenda en torno suyo, alimentada por beatas que lo endiosaban y por muchachos de colegio y universidad que lo denigraban al máximo y forjaban cuentos de delaciones y espionajes, en contra suya. Destino trágico el de este Gabriel García Moreno: o santo para los únicos, con la ridícula y babosa pretensión de ponerlo en los altares, o demonio, que se halla en el achicharramiento de plomo derretido, en las pailas del Círculo Noveno...

¿Un amor, una pasión? Esa expresión excelsa de la edad juvenil, su signo y su mensaje, no halló cabida en este pobre muchacho sin infancia, en este pobre joven casi sin juventud.

“Amores no quiero.
Hermosas muchachas.
Amores que sólo
Dan penas al alma”.

Tener una novia. Una muchacha. Una chiquilla, como dicen en Quito, con un dejo de simpatía y ternura. Una Dama de los Pensamientos, como el Caballero de la Triste Figura, padre espiritual y sentimental de la estirpe. Una inspiración, una meta. No. Nada de eso tuvo, al parecer, Gabriel García Moreno. Se cuenta que, cuando en los corrillos universitarios, los muchachos estaban cambiando bromas sobre sus amadas y llegaba Gabriel, todos se callaban, cohibidos . . .

Sin embargo, es indudable que la “voluntatem carnis”, hizo de él su presa y que el Maligno de los Siete Pecados Capitales lo llevó a sus ominosos dominios, en su “despreocupada juventud”. Así lo admite el Padre Berthe. Así lo indica el siguiente “Epígrama” como lo llama con dulce eufemismo el Arzobispo Pólit:



“Si en sátira maligna revelara
Los misterios, Aurelia, de tu vida;
Si yo dijera que tu linda cara
Sólo es una pintura deslúcida;
Si en tu alquilado pelo no alcanzara
A contar tus Adonis, mi querida,
Me odiaras con razón como enemigo:
Mas ¿por qué odiarme, cuando nada digo?”

Vinces, 1849.

Pero, al mismo tiempo, comprendió que socialmente, dentro de la configuración de la vida aristocrática de Quito, era indispensable vincularse por medio de un elegante galanteo que, acaso, pudiera conducirlo a un matrimonio conveniente, que le diera piso firme para actuar desde las alturas de la nobleza criolla de la Capital.

Y es entonces cuando hallamos el único rastro —¿fué sincero acaso?— de un pequeño romance. Es en el año de 1842. Frecuenta ya algunas casas de la alta sociedad quiteña. Entre ellas, la de Doña Mercedes Jijón de Flores, esposa

del "Fundador" y primer presidente de la República, perteneciente —ella— a la más encopetada nobleza de origen español. Allí conoce a Juanita, hermana de la dueña de casa. Parece que la enamora; parece que es, inicialmente, correspondido. Finalmente, parece que la acaudalada familia del ex-Presidente, no encuentra que el bizarro joven de Guayaquil, desprovisto de fortuna en absoluto, sea un buen partido para la muchacha. Juanita le había pedido a Gabriel, que tenía fama de buen versificador y de poeta, le escriba una página en su álbum. Gabriel le pone la siguiente:

LETRILLA

"Mientras sin amores
 Mi pecho existió,
 Feliz y contento
 El mundo me vió:
 "Hoy desventurado
 Gime de dolor,
 Que ha querido el Cielo
 Que muera de amor.

"Conoci una hermosa,
 Serafín de amor
 Inocente y bella
 Como pura flor:
 Hiríome en el alma,
 Le dí el corazón.
 Mejor no le diera,
 Que muero de amor!

"Cuál ángel la quise,
 La adoré cual dios;
 Y ella con caricias
 Mi pasión premió.
 ¡Oh tiempo engañoso!
 ¡Oh! ¿quién te mudó?
 ¡Ay! vuelve, inconstante,
 Que muero de amor.

"Mi rápida dicha
Se desvaneció,
Como leve niebla
Que disipa el sol.
Si ya no me quiere
La que me adoró,
Decidme, ¿no es justo
Que muera de amor?

"Venid, avecillas,
Venid sin temor
A escuchar las penas
De un triste pastor:
Si heridas estáis
De amores cual yo,
Lloraréis conmigo,
Que muero de amor.

"Ya jamás oiré
Vuestra dulce voz,
Que alivia del alma
El tormento atroz;
Y jamás mis ojos
Verán ese sol,
Ni el plácido cielo,
Que muero de amor.

"Si viene la ingrata
Que tanto me amó,
A ver el sepulcro
De su fiel pastor,
Decidle cuál muero,
Decidle . . . ; más, no:
Que es vano que sepa
Que he muerto de amor.

"Adiós, verdes prados;
Oh! cielos, adiós;
Adiós, avecillas:
Me aparto de vos;
Tened inocentes
De mí compasión;
Pues sabéis que espiro,
Que muero de amor".

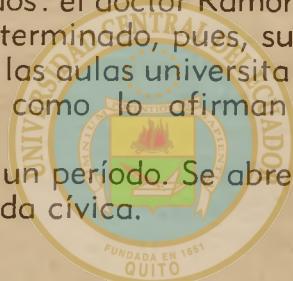
G. G. M.

Ha pasado el Cabo de la Buena Esperanza de los veintiún años. Su amor ha naufragado en una intriga que ha fraguado contra él un compatriota suyo: le han dicho a la muchacha que Gabriel sólo quiere su dinero y no está, de verdad, enamorado de ella... Y entonces, al poco entusiasmo de la familia, se une el resentimiento de la niña...

Entra Gabriel, por despecho acaso ante sus fracasos sociales, en un período febril, con intervenciones políticas ardientes contra el General Juan José Flores, cuñado de la "hermosa Serafín de amor", de la letrilla. Cuñado de la ingrata...

De esa actividad, vamos a ocuparnos en el capítulo siguiente. Esta etapa de la vida de Gabriel, la etapa de juventud —si es que la tuvo—, de vida estudiantil, se cierra con el doctorado (con la "investidura" de Doctor) **in utroque jure**, que recibe el 26 de octubre de 1844. Hará un tiempo de práctica, para ejercer la profesión, en el estudio de jurisconsultos distinguidos: el doctor Ramón Borja, el doctor Joaquín Enríquez. Ha terminado, pues, su preparación jurídica regular, teórica, en las aulas universitarias, con una extraordinaria brillantez, como lo afirman por unanimidad sus maestros.

Se ha cerrado un período. Se abre el de la lucha política, el de la contienda cívica.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL